Caciquismo y problemática social en dos novelas de Mariano Azuela: *Mala yerba* y *Esa sangre**

María Jesús Orozco Vera Universidad de Sevilla

L'socio-cultural trazado por la denominada Novela de la Revolución. Este ciclo novelístico constituye un documento socio-histórico relevante sobre los acontecimientos sangrientos y heroicos que asolaron México durante varias décadas, a partir de Noviembre de 1910, cuando se produce la rebelión de Francisco Madero contra el régimen dictatorial de Porfirio Díaz. Por otra parte, junto a su valor histórico testimonial, dicha tipología narrativa evidencia una aportación estética significativa en el desarrollo de la novelística mexicana¹. Así lo ha manifestado Adalbert Dessau cuando afirma que la Novela de la Revolución "Se apoya en la tradición anterior para emprender, en condiciones diferentes, el camino del costumbrismo al realismo crítico"². En esta misma línea se sitúa Marta Portal, al considerar que "La Revolución Mexicana ha dado lugar a la narrativa mexicana contemporánea"³.

La delimitación de este ciclo novelístico por parte de la crítica literaria de la época debe conectarse con el descubrimiento de Mariano Azuela, cuya obra, Los de abajo (1915) fue considerada, transcurridos diez años de su publicación, en 1925, como el modelo estético que define a la Novela de la Revolución Mexicana. En líneas generales la mayoría de los investigadores coinciden al situar dicho ciclo narrativo en el conjunto de novelas publicadas durante el lapso temporal que abarca desde 1928 hasta mediados de la década del 40, cuyas reflexiones críticas permiten describir la fase armada de la Revolución y analizar, al mismo tiempo, sus resultados⁴. En consecuencia, los escritores más representativos que comparten la labor social y artística de Azuela (1873) podrían concretarse en Martín Luis Guzmán (1887), José Rubén Romero (1890), José Mancisidor (1895), Gregorio López y Fuentes (1897), Rafael F. Muñoz (1899) y Mauricio Magdaleno (1906), entre otros.

La extensa obra de Mariano Azuela permite trazar la evolución estética de la novela mexicana durante las primeras décadas del siglo XX. Así, en su primer período narrativo las estrategias artísticas aún mantienen ciertas reminiscencias costumbristas, como puede apreciarse en las novelas que evocan el proceso prerrevolucionario, *María Luisa* (1907), *Los fracasados* (1908) y *Mala yerba* (1909). Posteriormente esta etapa se orientará hacia el realismo crítico de sus novelas del ciclo revolucionario y posrevolucionario, entre las que pueden mencionarse *Andrés Pérez maderista* (1911), *Los de abajo* (1915), *Los caciques* (1917), *Las moscas* (1918), *Domitilo quiere ser diputado* (1918), *Las tribulaciones de una familia decente* (1918), *El camarada Pantoja* (1937), *Nueva burguesía* (1941) y *Esa sangre* (1956).

^{*} Conferencia pronunciada en el I Encuentro, cit.

En este amplio marco creador hemos seleccionado como objeto de estudio dos novelas de Mariano Azuela, *Mala yerba* y *Esa sangre*, puesto que a través de ellas se manifiesta la evolución estética del escritor mexicano y sus implicaciones socio-culturales en el proceso de gestación y desarrollo de la Revolución. Por otra parte, si bien entre la creación de las dos obras se dilata un período de 30 años, ambas mantienen una estrecha relación de continuidad, ya que conforman artísticamente la trayectoria vital de un mismo personaje, Julián Andrade. La caracterización de este hacendado cruel y sanguinario permitió al escritor mexicano abordar en su primera novela (*Mala yerba*) la problemática del caciquismo, enmarcada en la dictadura de Porfirio Díaz, y, posteriormente, al retomar la historia varias décadas después, se propuso analizar las consecuencias negativas de la lucha armada, ese movimiento revolucionario que —como sintetiza con acierto Octavio Paz— se distinguió por "la carencia de un sistema ideológico previo y el hambre de tierras"⁵. Consideradas estas premisas no resulta difícil comprender que, para abordar el estudio de las dos novelas de Mariano Azuela, es de importancia vital el contexto socio-histórico de la época.

El gobierno de Díaz (1877-1910) había sumido al pueblo mexicano en la desesperanza y la miseria, puesto que –bajo una apariencia de calma, progreso y estabilidad– aún permanecía latente la herencia del feudalismo, cuyo régimen socio-económico favorecía el enriquecimiento de la burguesía y de la Iglesia y la explotación de los pobres. Esta situación provocó un descontento generalizado contra la dictadura, cuyas primeras manifestaciones críticas se concretan en periódicos y diarios locales, como El Padre Cobos, La Revista de Mérida y El Diario del Hogar. En sus artículos se debatían cuestiones políticas, como la sucesión dentro del grupo que estaba en el poder, y otros problemas de índole social, entre los que destaca la cuestión de la propiedad de la tierra⁶. La novela realista que surge en México por estas fechas continúa también la labor crítica que pretende denunciar los males sociales de México. Así, junto a Mala Yerba (1909) de Mariano Azuela merecen reseñarse las siguientes obras: Nieves (1887) de José López Portillo, Perico (1885) de Arcadio Zentella, La mestiza (1891) de Eligio Ancona y Pascual Aguilera (1896) de Gregorio López y Fuentes. La mayor parte de estas novelas se centran en el tema del caciquismo, cuya problemática se manifiesta en las relaciones de poder patrón-obrero y en el conflicto provocado por la deshonra de una mujer de clase baja consumada por su patrón.

En sus *Páginas autobiográficas* Mariano Azuela manifiesta una acentuada predilección por el arte realista "de todos los tiempos", por la recreación de la vida y de la naturaleza, del hombre y de su entorno⁷. Las primeras novelas del escritor mexicano –*María Luisa* (1907), *Los fracasados* (1908), *Mala yerba* (1909) y *Sin amor* (1912)— se adscriben a esta tendencia estética que había sido trazada por modelos europeos: Balzac, Dickens, Pereda, Galdós y Zola⁸. Sin embargo, en el conjunto de obras que preludian la Revolución destaca *Mala yerba*. Adalbert Dessau se ha referido a su "superioridad literaria", basada en una armonía establecida entre el tema y los recursos estéticos⁹. Así lo ha manifestado también F. Rand Morton cuando reseña su "técnica avanzada" y una gran preocupación formal que permiten situarla entre las mejores novelas del escritor mexicano¹⁰. En definitiva, a pesar de algunas limitaciones estético-narrativas que evidencian la transición de las primeras obras costumbristas al realismo crítico (encadenamiento de cuadros, incorporación de algunos personajes-tipo, dilatadas descripciones de la naturaleza...)¹¹, la obra de Mariano Azuela manifiesta ya el preludio de la Novela de la Revolución.

El argumento de *Mala yerba* está basado en un hecho real¹². El escritor mexicano confiesa que se encontraba desempeñando el cargo de médico legista oficial y la lectura de un expediente, sobre el que tenía que emitir su juicio en un proceso de homicidio, le impresionó tanto que decidió incorporarlo a la trama de su novela:

Retuve el legajo en mi despacho para estudiar con calma el asunto. Comencé a leerlo y desde las primeras diligencias me di cuenta de que era precisamente lo que yo buscaba, no como perito sino como novelista. Me interesó tanto el caso que lo leí de cabo a rabo como la novela más intensamente vivida. A la verdad el asunto era mucho más picante de lo que me hacía falta para componer mi obra (...) El caso era de fechorías de un hacendado celoso de su caballerango al que asesinó, rematando la hazaña con la joven y bella esposa causante inocente de la tragedia¹³.

Con algunos pequeños cambios –por ejemplo, no se incorpora la temática homosexual, se silencia la identidad de los protagonistas...– este suceso adquirió vida literaria para denunciar la corrupción de los hacendados y de la Justicia, bajo cuyo poder perece resignado el pueblo llano. En el entorno de un pequeño pueblo del estado de Jalisco y en un período concreto de la historia de México –la dictadura de Porfirio Díaz– realiza Azuela una crítica realista de la vida en las haciendas.

El título de la novela, *Mala Yerba*, sugiere simbólicamente la degradación moral de una familia de caciques, Los Andrade, que a través de varias generaciones han dirigido la vida de los trabajadores de su hacienda "San Pedro de las Gallinas". El prestigio social de esta aristocracia terrateniente, basado en el poder económico y la violencia, se había proyectado incluso a San Francisquito, población cercana a los latifundios donde eran explotados y humillados los peones y eran deshonradas sus mujeres. En este entorno prerrevolucionario destaca Azuela a su personaje Julián Andrade, prototipo del hacendado feudalista que existió en el estado de Jalisco durante la dictadura de Porfirio Díaz. Su personalidad egoísta y cruel se perfila estéticamente a través de pequeños anacronismos retrospectivos que evocan los actos criminales que llevaron a cabo sus antepasados, con el único propósito de lograr la tierra. La función de narrador aparece asumida, en este caso, por el anciano señor Pablo, el cual –a raíz del asesinato de un vaquero por el amo don Julián– se atreve a relatar a un grupo de peones las fechorías de sus patronos, aquellos bandidos y asesinos que tenían atemorizada a toda la villa. A través del lenguaje coloquial y de su riqueza expresiva, que en cierta forma contribuye a mitigar la solemnidad de la escena, los Andrade emergen como la mala yerba, como la cizaña que envenena la cosecha:

Compran ganado y lo revenden y siguen haciendo plata. No les miento a ustedes, cuando compraron esta hacienda –contaba mi padre– la pagaron en purititas onzas de oro y a basca de gato. Y ahora comienza lo güeno, siñores, con harto dinero, dueños de muchas haciendas, no hubo uno que les dijera, por ai te pudres. Y el que quería dar guerra no la daba pa rato: se lo quitaban de enfrente en un decir Jesús. Al que no le guste el fuste que lo tire y monte en pelo. Desde entonces naiden ha hecho más desgracias con los probes, que estos demonches de Andrades¹⁴.

En la caracterización estética de esta familia de hacendados contribuye, de manera especial, el motivo de la "cuevita", un lugar escondido entre las rocas de la Mesa de San Pedro, donde los

caciques ocultaban a sus víctimas después de torturarlas y asesinarlas impunemente. Este *leit motiv* reaparece de manera constante a lo largo del relato, como símbolo agorero del doble asesinato con el que finaliza la novela, cuando Julián Andrade –cegado por los celos– da muerte a Marcela, su amante, y a Gertrudis, un trabajador de su hacienda. Por otra parte, es significativo que dicho elemento sea enmarcado en un espacio aparentemente armónico, como puede apreciarse en el siguiente fragmento:

La luz del amanecer, en una franja rosada de cada lado de la Mesa, va diluyéndose en el esplendoroso violeta de un cielo apagado ya de estrellas. La tenue claridad empieza a filtrarse en sombras vagas; luego árboles, rocas, grangenos y nopales destácanse distintamente. De pronto, hacia la empinada cresta pétrea asoma una aureola de luz roja, un río de oro se desborda inundando las sábanas blancas o inmensas con manchones de tiernos y rizados retoños primaverales (p. 105).

La tipología moral y física del cacique se completa con ciertos atributos caricaturescos que Mariano Azuela asigna a don Esteban Andrade y a su hijo Julián. Así, el cabeza de familia, asesino cruel y sanguinario en su juventud, se describe como un mueble más de la casa, instalado en su silla de ruedas, inmovilizado, como un ser anodino que sólo daba señales de vida a través de la "llama ardiente de su mirada" y, a veces, en muy contadas ocasiones, dejaba escapar de su "coriácea laringe un formidable gruñido" (p. 55). Este efecto paródico se percibe también en Julián Andrade, caracterizado por su cobardía y los actos impulsivos que lo identifican con una "bestia frenética". Significativamente, sus ojos se describen como "un tanto afeminados" (p. 14), en oposición a la caracterización de su hermana Refugio, que presenta rasgos hombrunos. Además, la degradación de su figura culmina con las "manchas amoratadas de sangre descompuesta" (p. 16), "manchas de sangre deslavada y podrida" (p. 152) que empañaban su tez pálida, atributo simbólico de sus crímenes y de aquellos turbios atavismos que lo ligaban a sus antepasados¹⁵.

El poder de los Andrade se sustenta en sólidas bases económicas, en una autoridad absoluta que les permitía burlar a la justicia, decidir sobre la vida y la muerte de sus peones e incluso deshonrar a sus mujeres. Esta problemática social trazada por Azuela constituye el fiel reflejo de la sociedad mexicana prerrevolucionaria, pues la dictadura de Porfirio Díaz –como ha apuntado Octavio Paz– había degenerado en un "gobierno de privilegiados" que no se resignaban a "ceder el poder". Por otra parte, "La legislación liberal no proveía ninguna defensa contra los abusos de los poderosos. Campesinos y obreros vivían desamparados frente a caciques, señores feudales e industriales" le definitiva, seguía imperando la ley del latifundio, mientras los pobres eran despojados de sus tierras. Así lo manifestaba *La Revista de Mérida* en un artículo publicado el 14 de Abril de 1909, en el que se comentaba una medida económica adoptada por el gobierno: había declarado baldías ciertas tierras que fueron habitadas y cultivadas por los indios¹⁷.

El fenómeno socio-económico del caciquismo en México está trazado en *Mala yerba* a partir de un eje temático central: la pasión amorosa que Julián Andrade siente por Marcela Fuentes, una joven de clase baja que durante un tiempo fue su amante y que ha de pagar con su propia vida la ofensa de abandonar al cacique rural. Este personaje femenino se manifiesta bajo el arquetipo de la

"mujer ardiente que provoca conflictos" (p. 29), que conoce el poder del terrateniente y, por consiguiente, utiliza todas las artes y oficios de la seducción amorosa, pues sabe que el único medio para salir de su pobreza, de su vida plagada de calamidades y miseria, será conquistar a alguno de sus amos. La problemática de dicho conflicto es presentada por Azuela cuando Marcela acude al Juzgado a declarar, requerida por las autoridades que han de juzgar un caso de homicidio en el que está implicado Julián Andrade:

A preguntas y repreguntas fue conducida insensiblemente a referir su vida de meretriz del rancho. Descorrió el velo de la hija del campo que, al despertar su pubertad, sabe ya que su fuerza mayor será el ser codiciada por alguno de sus amos; que si sus prendas personales logran el hechizo, mientras dure habrá felicidad en su casa: las mejores tierras para la familia, los préstamos que no se apuntan, y para ella las telas de lana y seda, los listones de raso, las botas de charol, y el hablar recio, el holgar, el embriagarse en las bodas, fandangos y ferias, y el ser agasajada por todas partes (p.29).

Pero esta situación privilegiada sólo fue temporal, puesto que la mujer abandona al hacendado y este hecho induce al amante a cometer un doble asesinato: el de Marcela y el de Gertrudis, el hombre que la había pedido en matrimonio. En las fisuras que presenta el conflicto pasional planteado en la novela se manifiesta la omnipotencia del poder. Si el amor es concebido por el mexicano "como conquista y como lucha", según apunta Octavio Paz¹⁸, este hecho adquiere mayor relieve si se aplica a la pasión amorosa que siente Julián Andrade, pues el ser femenino, como la tierra, es considerado como una propiedad sobre la que se tienen todos los derechos. Esta relación de dependencia aparece expresada con nitidez en la novela, cuando Mariano Azuela describe el papel de la mujer en la familia Andrade:

Como es de regla en gentes de esta ralea, las mujeres no tenían ni voz ni voto en su propia casa; su misión era la de contemplar atónitas la grandeza de sus terribles señores, estar prontas a adivinar sus menores pensamientos y a servirles de rodillas si ellos así lo pedían (p. 53).

El eje temático que presenta el conflicto pasional entre el cacique y Marcela desarrolla otros motivos importantes que permiten delimitar el régimen semifeudal adoptado en la hacienda "San Pedro de las Gallinas". Merecen destacarse, por tanto, la corrupción de la Justicia, que favorece a la clase terrateniente, y las relaciones de explotación existentes entre el patrón y los trabajadores de sus tierras. Si nos centramos en los personajes que mantienen la ley y el orden en la villa de San Francisquito comprobaremos que esta institución aparece caracterizada por Azuela con ciertas notas satíricas. Así, el señor alcalde se presenta como un pobre hombre que "siempre está quejándose de la enormidad de su trabajo", que procura evadirse de "todo lo que de algún modo pueda acrecentarlo" (p. 120) y, por consiguiente, da mucha mayor importancia al cultivo de su huerta y al cuidado de sus animales. Es significativo que al final de la novela la autoridad competente, el juez de la villa, conocido el asesinato de Marcela y la posible implicación de Julián Andrade, dé por cerrado el caso, se vaya a dormir y advierta a su secretario que por la mañana tiene el encargo de cuidar sus pertenencias:

-Óigame, don Petronilo, quédese usted acabando de enfriar, yo ya tengo mucho sueño y me voy a acostar. Mañana, muy tempranito, me va a ordeñar las chivas, y quiero también que me saque unos camotes del surco para María Engracia. Hasta mañana, don Petronilo (p. 124).

La situación de inferioridad padecida por los peones en las explotaciones rurales latifundistas, cuya autoridad máxima aparece sustentada por el cacique, constituye otro aspecto relevante en la novela. Sin embargo, la relación socio-económica que se establece entre la figura del terrateniente y los trabajadores del agro mexicano no debe ser interpretada simplemente como una "mera explotación", puesto que es importante considerar al respecto –como muy bien ha señalado Adalbert Dessau– que en ella persiste una "condición de dependencia basada física y moralmente en la violencia" ¹⁹. En consecuencia, el temor que los trabajadores de la hacienda sienten hacia su patrón, don Julián, constituye una nota dominante y certera. Tan sólo en contadas ocasiones los peones se atreven a relatar los crímenes llevados a cabo por los Andrade, sin embargo nunca lo denunciarán ante la justicia. Un profundo espíritu de resignación caracteriza su actitud ante una vida de miseria y de privaciones que le depara el presente y el futuro, pues ellos tan sólo son –como los describe el propio Azuela– una "raza pasiva y desventurada" (p. 17). La realidad que aparece descrita en *Mala yerba* constituye un fiel trasunto de la época como prueban las siguientes afirmaciones de J.S. Brushwood, al analizar las diferencias entre ricos y pobres en el marco social de la dictadura porfirista:

La dignidad humana era derecho de unos cuantos. Ya no existía simplemente un abismo entre el pueblo y las leyes, sino que se había levantado un muro entre la sociedad y los que no pertenecían a ella. La estructura cívica tenía sentido únicamente para los acomodados; para los demás la autoridad era paternalismo del amo. En alguna parte, muy lejos, existía un don Porfirio, figura tan destacada que a miles de peones se les bautizó con su nombre (...) pero ellos pertenecían a un mundo diferente. Si, de vez en cuando un peón se preguntaba cómo es que no tenía tierra, ni derechos ante la ley, ni libertad para elegir patrones, la costumbre o sus vecinos lo hacían callar. y si no se quedaba callado, para esto estaban las leyes levas del ejército, o algo peor aún²⁰.

En la novela del escritor mexicano la crítica dirigida contra el sistema de explotación llevado a cabo en las haciendas aparece levemente esbozada por Gertrudis, el caballerango de Julián Andrade, al referirse a la avaricia de los caciques, a los "jornales miserables de México" que compara con "el dinero que se gana la gente trabajadora en los Estados Unidos" (p. 44). Es interesante reseñar en este punto que dicho cuestionamiento de la realidad aparece precedido en el texto por la presencia de un ingeniero norteamericano, Mr. John, que ha venido a San Francisquito a construir una presa para el amo don Julián. El contraste entre ambos países, principalmente en cuanto a la distribución de la riqueza, induce a Gertrudis a analizar su situación de explotación y, en consecuencia, buscar otro trabajo que lo libere del poder del cacique. Sin embargo, aunque sus proyectos nunca pueden hacerse realidad, puesto que es asesinado por el hacendado, esta situación de inconformismo permanece como una especie de virus latente en el que se estaba gestando la Revolución. Por otra parte, la civilización, la tecnología y el progreso, simbolizados por la presa y el puente en construcción –que permitiría comunicar a San Francisquito con el resto del país–, auguran el principio de un cambio, aquel que vislumbraban los ejércitos revolucionarios. No en vano un número considerable de investigadores²¹ consideraron a *Mala yerba* como el preludio de *Los de abajo*, pues la realidad social corrupta presentada en la primera novela justifica, en cierta forma, el estallido de la Revolución.

La etapa prerrevolucionaria de la historia mexicana había quedado reflejada en las páginas de las primeras novelas de Mariano Azuela. Tras ellas continúa, durante varias décadas, un dilatado proceso creador que le permite manifestar el testimonio fehaciente, tanto del período de las luchas armadas como de sus consecuencias inmediatas en los años posteriores a la Revolución. En la última línea crítica se inserta Esa sangre, retomando la trayectoria trazada por otras novelas que la precedieron durante los años treinta, como La vida inútil de Pito Pérez de José Rubén Romero y Mi general de López y Fuentes. A través de dicho marco narrativo, en el que se gesta la novela crítico-realista de la Revolución²², se perfila una enconada denuncia dirigida hacia el proceso histórico revolucionario. Los tres novelistas configuran la estética del relato partiendo de la trayectoria vital de un personaje ficticio que realiza un balance negativo de los acontecimientos y de los resultados inmediatos sobre la realidad mexicana. Como prácticamente pusieron de manifiesto todos los escritores de este ciclo narrativo, las luchas armadas no resolvieron el agravante problema socio-económico de México. Inconformistas y escépticos contemplaron con amargura el desmoronamiento de sus ideales, pues la Revolución, en palabras de Antonio Castro Leal, no había cumplido aún "todas sus promesas", le quedaba "mucho por hacer", y estos hechos sólo podrá llevarlos a buen término "si los hombres, al ascender al poder, no olvidan las miserias y los anhelos de los humildes"23. Idéntica actitud de desencanto aparece adoptada por Azuela en su obra narrativa. Así lo ha manifestado el propio escritor al referirse a su experiencia directa como médico de las tropas villistas, circunstancia que le llevó a "observar desapasionadamente el mundo de la Revolución":

Lo que ante mis ojos se presentó, fue un mundillo de amistades fingidas, envidias, adulación, espionaje, intrigas, chismes y perfidia. Nadie pensaba ya sino en la mejor tajada del pastel a la vista (...) La fraternidad que unió a los primeros luchadores había entrado en los dominios de la historia de la leyenda²⁴.

Entre las décadas del 40 y del 60 se dejó sentir también una labor detractora similar dirigida hacia el proceso revolucionario en los artículos de economistas –como Jesús Silva Herzog– y de filósofos –como Leopoldo Zea–²⁵ que fueron publicados en diarios y revistas de la época. En dichos textos se analizaba la crisis de la Revolución Mexicana: se cuestionaba la lealtad de los funcionarios y gobernantes, al mismo tiempo que se solicitaba una revisión de los derechos de los trabajadores y una erradicación total del feudalismo.

En ese entorno posrevolucionario, inmerso en el descontento y el desengaño general, proyecta Mariano Azuela el retorno de Julián Andrade. Esa sangre (1956) constituye, por tanto, la segunda parte de su novela Mala yerba (1909). Tras más de veinte años de exilio voluntario por tierras de Centro y Sudamérica, el antiguo hacendado regresa a San Francisquito, pero la revolución, la lucha armada en la que él participó junto al ejército de Pancho Villa, ha transformado la realidad y le ha usurpado el poder. Así, el pueblecito tranquilo y apacible durante la dictadura de Porfirio Díaz "con sus eternas casas de adobe", que aparecía en Mala yerba (p. 133), se caracteriza ahora como un lugar bullicioso, transformado por la actividad comercial y la pequeña industria. Por otra parte, la reforma agraria llevada a cabo por el gobierno le ha privado de sus tierras, que pasaron a manos de sus propios peones.

El ocaso del caciquismo se manifiesta en la novela a través de realidades simbólicas significativas. El propio título, Esa sangre, sugiere el carácter sumamente violento de la familia

Andrade, cuyos ascendientes eran asesinos y bandidos sanguinarios. Por otra parte, este mismo *leit motiv* se configura a lo largo de la obra como un signo premonitorio de la tragedia final, pues "esa sangre que hierve de nada y nada" (p. 43) –como se explicita en el texto– será sólo la culpable de la muerte de los dos únicos supervivientes de la familia Andrade: el amo Julián y su hermana Refugio. Pero la degradación del hacendado y de su apellido aparece sugerida también por otros elementos simbólicos. Así, por ejemplo, la decadencia económica y social de los Andrade se perfila en el texto a través del estado ruinoso de la casa solariega, símbolo del poder del cacique rural. Azotada por el inexorable transcurso del tiempo y la acción destructiva de los elementos de la naturaleza, se reducía a unos cuantos "muros derruidos", invadidos por la hierba y los escombros, en cuyo interior se deterioraba "el fondo de vaqueta podrida del equipal donde don Esteban –padre de Julián– afásico y hemipléjico, pasó sus postreros días" (p. 147).

Por otra parte, la hombría, la valentía y el coraje del hacendado se cuestionan y ridiculizan con el mismo nombre de su hacienda, "San Pedro de las Gallinas", motivo de burla para los conocidos de Julián Andrade, pues dicho apelativo evidencia ciertas connotaciones negativas que aluden a su cobardía. A este hecho debe sumarse su situación actual de mantenido por su hermana, que significativamente se llama Refugio y que es mujer, por consiguiente –como aparece reseñado en la novela— es considerada por el hombre como "un espíritu inferior" (p. 187). Abrumado por estas circunstancias, el antiguo terrateniente analiza con angustia su vertiginoso descenso social:

La vida al arrimo de su hermana, con sus eternos rezos, lamentos y consejos, era algo duro para el que media vida la había pasado en fiestas, juergas y diversiones, y la otra de judío errante por América del Sur y del Centro huyendo de la policía y arrostrando toda clase de miserias. Tampoco el pueblito era divertido sin amigos ni conocidos (...) Para un Andrade vivir en San Francisquito significaba tener dinero, amigos que le devuelvan su rancho, conocidos y desconocidos que lo teman, infundir pánico cuando uno se enoja y hacerse amar de las mujeres que le gustan. Sueños de borrachera o crudez, porque ahora con todo lo Andrade a cuestas sólo era una cifra negativa, cero a la izquierda de seis mil unidades y cero en la tierra donde imperó como dueño y señor (p. 171).

Pero las reflexiones de Julián Andrade sobre su vida tan sólo constituyen un pretexto para Azuela, cuyo propósito principal es realizar un balance de la Revolución Mexicana y de sus resultados más inmediatos en los años que siguieron al conflicto armado. Este período tan significativo en la historia de México se concreta durante los primeros enfrentamientos armados entre carrancistas y villistas ocurridos durante 1915. La Convención de Aguas Calientes, los dos combates de Celaya y de León –donde fuerzas constitucionalistas al mando de Obregón derrotan a Villa– constituyen hechos históricos relevantes que se insertan en el desarrollo novelesco. En este marco real se gesta la lucha por el poder, la degradación de los ideales revolucionarios; en definitiva, la desmitificación de la Revolución. Su experiencia inmediata del conflicto –puesto que durante años fue médico militar de las tropas villistas–26 se configura estéticamente a través de la evocación de Julián Andrade en *Esa sangre*. Los ecos de la Revolución habían llegado a San Francisquito. Terratenientes, peones, mujeres y niños acudían a la estación de ferrocarril para recibir a Pancho Villa. El cacique de "San Pedro de las Gallinas" se vistió con sus mejores galas y

tomó aquel tren revolucionario que le auguraba vida y aventura. Como otros terratenientes de la villa, él también participó en "la bola" (p. 127) –apelativo con el que designa la revolución el propio Andrade–, en aquella vorágine humana que reunía a hombres de diferentes capas sociales para luchar por una buena causa, pero carecía de programas, de metas concretas, de ideales²⁷.

En estos breves fragmentos retrospectivos analiza Azuela con escepticismo y profundo desengaño la crisis profunda del movimiento revolucionario en la facción Norte. La lucha armada se había transformado en un conflicto desorganizado donde los ejércitos villistas y carrancistas confundían –en el fragor de la batalla– a sus propios hombres. Así, el propio Julián Andrade –coronel de Pancho Villa– salvó su vida al ser identificado, por error, como un seguidor de Carranza. Este estado de confusión debe trasladarse también al plano de la ideología, puesto que –como muy bien ha apuntado Jorge A. Santana– sobre todo el pueblo llano acudía a luchar sin tener conciencia de sus causas, de las razones que le impulsaron a seguir a Zapata, a Carranza o a Villa:

Surge una división entre estos tres caudillos, que llegan a confundir por completo a la gran masa ignorante que componía en su mayoría los ejércitos de los caudillos. Así el humilde soldado las más de las veces ingresa en la corriente revolucionaria más por el azar de la vida que por convicciones ideológicas. Esta división entre los caudillos revolucionarios añade confusión a la situación reinante. La cuestión del dominio militar armado ora favorece a Villa, ora a Carranza, hasta que se produce en Celaya la batalla decisiva, que favorece a éste último²⁸.

Por otra parte, los personajes históricos que protagonizan los hechos aparecen caracterizados mediante rasgos caricaturescos que degradan su fisonomía y configuran, en último término, un proceso de cosificación o de animalización. Así, por ejemplo, los subalternos de Villa—principalmente Yáñez— tan sólo se identifican físicamente por su "cara de buldog" y los "dientes de oro" o "colmillos de lobo" (p. 158). Incluso el mismo caudillo —Pancho Villa— se distingue exclusivamente por "sus ojos de presa" (p. 156). A través de estos breves apuntes descriptivos Mariano Azuela perfila la desmitificación del proceso revolucionario, concretamente en la facción villista, puesto que la avaricia y el afán de poder de los participantes en la lucha armada habían destruido los ideales de un pueblo que esperaba alcanzar su propia identidad.

Como ha mostrado la historia, una gran parte del cuerpo de oficiales de Pancho Villa —tratantes de ganado, latifundistas, pequeños comerciantes...— concibieron la Revolución como un medio eficaz para enriquecerse. Por otra parte, con el transcurso de los años, el ejército villista había degenerado en una peligrosa horda de forajidos, cuyos robos y asesinatos los habían convertido en elementos antisociales y perniciosos. Estas actividades aparecen reflejadas en *Esa sangre*, cuando Julián Andrade refiere las ejecuciones de los desertores firmadas por Villa y los instintos criminales de sus hombres, que —cegados por la avaricia y el poder— no reparaban en cometer cualquier acto criminal. Así se manifiesta cuando Yáñez entrega al caudillo "tres talegas de pesos y un saco de lona apretado de aztecas, hidalgos y centenarios" y refiere la procedencia de aquellas riquezas: —"Para evitar reclamaciones —explicó enseñando sus colmillos de lobo— suprimí al que pudiera hacerlas" (p. 158).

El análisis crítico que realiza Azuela del período de la lucha armada se completa con la etapa posrevolucionaria del presente vivido por Julián Andrade. La novela se sitúa históricamente durante la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940) y se alude someramente a la reforma agraria llevada a cabo por el gobierno. Los hacendados de San Francisquito fueron despojados de sus tierras, sin embargo –como apunta el mismo Andrade– "... los tiempos son otros y otras las gentes, pero las cosas son las mismas en ajenas manos" (p. 144). El cacique ha perdido su poder, pero éste persiste ahora en ciertos funcionarios públicos, como el delegado de la Comisión Nacional Agraria, apodado el Fruncido, y en otros oportunistas como el amigo de Julián Andrade que, según sus propias afirmaciones, hizo bien en meterse a "la bola", puesto que en "seis meses de correrías por haciendas y ranchos" había logrado más riquezas que "en veinte años de carrerero" (p. 130).

Entre estos personajes destaca por su caracterización negativa "El Fruncido", cuya descripción física lo identifica con una figura grotesca que "tenía un costurón en la cara y al hablar parecía que le estiraban una jareta en la boca" (p. 190). De ahí le vino el apodo. Por otra parte, a semejanza de los oportunistas que componían el ejército de Villa, su humanidad ha sido degradada por Azuela mediante un significativo proceso de animalización. En el texto se le identifica, por tanto, con un "Animal de Sangre fría" (p. 197) y se destacan sus "ojos de lobo" (p. 190). Esta caracterización física se completa con sus abominables actos, "era tan ladrón como asesino", y la omnipotencia de su poder, basado en la violencia y el temor, lo había convertido en el hombre "más adulado y aborrecido de San Francisquito" (p. 194). En definitiva, el caciquismo trazado en *Mala yerba* ha evolucionado, tras la Revolución Mexicana, hacia otras formas de explotación, presentes en *Esa sangre*, pues otras personas sin escrúpulos humillan y atemorizan al pueblo. Como muy bien ha reseñado Marta Portal, aquella etapa histórica, aquel "huracán" al que se unían los hombres o se sentían arrastrados, pretendía "cambiar las estructuras"; sin embargo tan sólo logró alterar "los nombres", puesto que "los crímenes, los robos y las injusticias seguirán repitiéndose.."²⁹.

Las dos novelas de Mariano Azuela (*Mala yerba* y *Esa sangre*), si bien no presentan un valor artístico notable, se configuran como un documento histórico-social importante para la comprensión del ser mexicano. A través de estos apuntes –que incluyen, en ocasiones, reflejos autobiográficos– el escritor realiza un análisis crítico de los acontecimientos que conmovieron a toda una nación, desde el Porfiriato, pasando por la lucha armada, hasta el proceso posrevolucionario. Sumido en un profundo pesimismo y desengaño, Mariano Azuela comprueba que todo fue un espejismo, una vaga esperanza que se desvaneció entre las sombras de aquel tren que prometía conducir a los hombres hacia la búsqueda de la libertad y de la justicia. En definitiva, el balance de la Revolución podría sintetizarse con las significativas palabras del propio autor, reveladoras del escepticismo que habían compartido todos los escritores de este ciclo novelístico:

Con amarga tristeza pensamos que nuestro gran error no consistió en haber sido revolucionarios, sino en creer que con el cambio de instituciones y no la calidad de los hombres, llegaríamos a conquistar un mejor estado social³⁰.

Notas

- 1. Los diferentes valores –sociales, históricos y literarios– que caracterizan a la Novela de la Revolución Mexicana han sido reseñados por un número considerable de investigadores, entre los que merecen destacarse los siguientes: J. S. Brushwood (1973): México en su novela, México, Fondo de Cultura Económica; Adalbert Dessau (1976): La novela de la revolución mexicana, México, Fondo de Cultura Económica; Marta Portal (1980): Proceso narrativo de la novela de la revolución mexicana, Madrid, Espasa Calpe y F. Rand Morton (1949): Los novelistas de la revolución mexicana, México, Editorial Cultura.
- 2. Adalbert Dessau, op. cit., p. 16.
- 3. Marta Portal, op. cit., p. 37.
- 4. Cfr. por ejemplo Luis Arturo Castellanos (abril de 1965): "La novela de la revolución mexicana", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, nº 184, pp. 123-146; Antonio Castro Leal (1960): La novela de la Revolución Mexicana, Madrid-México-Buenos Aires, tomos I y II; Adalbert Dessau, op. cit., (p. 17) y F. Rand Morton, op. cit.
- 5. Octavio Paz (1982): *El laberinto de la soledad*, México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 9ª ed., p. 127.
- 6. Este hecho ha sido investigado por J.S. Brushwood en un artículo titulado "La novela mexicana frente al Porfirismo", (Historia Mexicana, México, vol. VII, nº 3 (enero-marzo de 1958), pp. 368-405).
- 7. Mariano Azuela (1974): Páginas autobiográficas, México, Fondo de Cultura Económica, p. 94.
- 8. Joaquina Navarro ha realizado un completo estudio sobre la novela realista que se escribió durante la dictadura de Porfirio Díaz. En este trabajo de investigación se perfila la notable influencia que los novelistas europeos ejercieron sobre los escritores mexicanos. (Cfr. Joaquina Navarro (1955): La novela realista mexicana, México, Compañía General de Ediciones S.A., pp. 16-38 y 316-322).
- 9. Cfr. Adalbert Dessau, op. cit., p. 189.
- 10. Cfr. F. Rand Morton, op. cit., p. 35.
- 11. J. S. Brushwood considera a *Mala yerba* como la mejor novela escrita por Azuela antes de *Los de abajo*, aunque reseña algunos defectos, tales como ciertas "caracterizaciones inauténticas" y acciones innecesarias.(Cfr. J.S. Brushwood: *México en su novela, op. cit.*, p. 302).
- 12. Su novela María Luisa (1907) está basada también en un caso real, como ha afirmado el propio Azuela. (Cfr. Páginas autobiográficas, op. cit., p. 101). Ambas novelas son analizadas por Luis Leal, en un intento de establecer las relaciones entre Mariano Azuela novelista y médico. (Luis Leal, abril-octubre de 1962, "Mariano Azuela: novelista médico", Revista Hispánica Moderna, New York, año XXVIII, núms. 2-4, pp. 295-303).
- 13. Mariano Azuela, op. cit., p. 101.
- 14. Mariano Azuela (1971): *Mala yerba* y *Esa sangre*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 21. (Todas las citas posteriores referidas a ambas novelas serán tomadas de esta edición).
- 15. En *Mala yerba*, el motivo de la "sangre", como expresión de la casta de los Andrade, anticipa la segunda parte de la novela, que aparecerá significativamente con otro título simbólico: *Esa sangre*.
- 16. Octavio Paz, op. cit., p. 124.
- 17. Cfr. J.S. Brushwood: "La novela mexicana frente al Porfirismo", art. cit., p. 398.
 La problemática agraria mexicana ha sido estudiada ampliamente, citemos, por ejemplo, las investigaciones de Luico Mendieta y Núñez (1926): El problema agrario de México, México y Ramón Rubín (1949): El callado dolor de los Tzotziles, México.
- 18. Octavio Paz, op. cit., p. 37.
- 19. Adalbert Dessau, op. cit., p. 185.

- 20. J.S. Brushwood: México en su novela, op. cit., pp. 252-253.
- 21. Cfr., por ejemplo, Luis Leal: "Mariano Azuela, novelista médico", art. cit., p. 296; Francisco Monterde: "Prólogo", Mala yerba y Esa sangre, op. cit., p. 7 y F. Rand Morton, op. cit., p. 36.
- 22. Adalbert Dessau destaca el papel que representaron estas obras en la configuración de la novela de crítica social que ya comenzaba a despuntar en la narrativa de los años treinta. A estos títulos añade otros como San Gabriel de Valdivias y El camarada Pantoja de Mariano Azuela, Resplandor de Mauricio Magdaleno, La sombra del caudillo de Guzmán y Acomodaticio de López y Fuentes. (Cfr. Adalbert Dessau, op. cit., pp. 438-440).
- 23. Antonio Castro Leal: La Novela de la Revolución Mexicana, tomo II, op. cit., p. 20.
- 24. Mariano Azuela: Páginas autobiográficas, op. cit., p. 127.
- 25. Emilio Portes Gil: "Sentido y sinsentido de la Revolución Mexicana", La Gaceta (año 89, 1962); Jesús Silva Herzog: "La Revolución Mexicana en crisis", Cuadernos Americanos (2º año, vol. 5, 1943) y Leopoldo Zea: "La Derecha y la Izquierda de la Revolución", El Nacional (17 de abril de 1957).
- 26. Mariano Azuela: Páginas autobiográficas, op. cit., p. 127.
- 27. La carencia de un programa ideológico concreto ha sido uno de los elementos desencadenantes del fracaso de la Revolución Mexicana. (Cfr. Adalbert Dessau, *op. cit.*, p. 36).
- 28. Jorge A. Santana (mayo de 1973): "El oportunista en la narrativa de Mariano Azuela", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, nº 275, p. 299.
- 29. Marta Portal, op. cit., p. 105.
- 30. Mariano Azuela (1947): Cien años de novela mexicana, México, p. 222.